

Editorial

Las preguntas por los significados de la acción colectiva, por los elementos que la explicarían, son constitutivas de la teoría social y además, la trascienden; porque estas grandes preguntas de la teoría social son también cuestiones de disputa entre distintos sectores de la sociedad: son, sin lugar a dudas, políticas y es por esto que este tipo de categorías no circulan con tranquilidad por los salones académicos, continuamente están tensionadas por inquietudes políticas y culturales. La preocupación por dilucidar los sentidos de una protesta obrera o un movimiento de desempleados, supone interrogarse por las ideas de justicia e injusticia que producen los grupos sociales en determinado momento histórico, por las formas de la dominación y su capacidad para procesar la conflictividad social y si se quiere, entonces, por cómo las sociedades van trabajando sobre distintas formas de la obediencia y la rebelión.

Durante la última década una serie de hechos que han transformado ciertas regiones del llamado "interior" argentino en un paisaje en el que de tanto en tanto aparecen singulares formas de protesta colectiva violenta (en el marco de profundas transformaciones económicas, pero, sobre todo, de lo que Durkheim llamaría una crisis moral de las instituciones republicanas), hacen más que pertinente la formulación de interrogantes sobre los significados de este tipo de acciones colectivas y el intento de responderlos tomando en cuenta la historia y consecuentemente las tradiciones culturales, sociales y políticas sobre las que se generaron.

Los profundos cambios estructurales y político-culturales que se han producido en los últimos treinta años afectan de manera particular a una sociedad como la de nuestro país, que vivió durante parte importante de este siglo un significativo proceso de movilidad social ascendente. Este proceso que otorgó una particular identidad a dis-

tintos grupos sociales dinámicos y que posibilitó en las clasificaciones rápidas de cierta macroeconomía la obtención de la etiqueta como país de desarrollo intermedio, deja marcas –y no es extemporáneo presumir que fuertes–, tanto en los grupos más beneficiados por la movilidad –con referencia a, por ejemplo, a la relativa “naturalización” de determinados consumos y acceso a servicios disfrutados en tanto derechos–, como en los menos favorecidos, bajo la forma de expectativas realizables. No puede pensarse en un momento determinado de interrupción de este proceso, porque aunque existan condiciones materiales que impidan su continuidad, hay en distintos grupos sociales, persistencias culturales que resultan en consecuencias prácticas. Sin embargo, la profundidad de las transformaciones permiten suponer que en algunas franjas de la sociedad esa inercia cultural cada vez encuentra menos posibilidades de realización. Y entonces no resulta improcedente formularse la pregunta que un militante progresista haría con la respuesta implícita –de acuerdo a su ubicación en esa zona del mundo político– con tono desesperanzador, condenando la inmovilidad de las masas, o con tono profético, leyendo cada mínima acción colectiva como el germen de un corpus homogéneo irremediabilmente condenado a crecer. Esa pregunta armada de distintas maneras, consiste en asociar esa persistencia cultural (de experiencia de derechos, de lucha organizada por ellos, de consumos, de experiencia política y sindical, etcétera), con condiciones objetivas que deterioran en extremo o hacen irrealizable el cumplimiento de esas prácticas sociales relativamente “naturalizadas”, e hipotetizar sobre los desenlaces posibles. Y claro, los supuestos incluyen la posibilidad de la protesta social, reforzada además por la existencia real de acciones colectivas en los últimos años.

Lo que es objeto de controversia, no sólo en el sentido común periodístico y político, sino también en las ciencias sociales, es el significado de esas acciones. Qué es lo que los grupos sociales hacen o harán con ese capital cultural acumulado frente a esta situación objetiva de adversidad que no sólo está relacionada fuertemente con los elementos culturales ligados a las transformaciones en el mercado de trabajo, sino que, entre otras cosas, incluye la ausencia de estructuras fuertes de participación democrática de los ciudadanos en los partidos políticos tradicionales, sumado al deterioro de la productividad ideológica de estos espacios inficionados por un clima de pragmatismo administrativista.

No es extraño que el clima cultural devuelva versiones en las que el sentido de las acciones es casi una ausencia de acción densa, una respuesta primitiva frente a una privación límite que amenaza la supervivencia, hechos de violencia caracterizados como “estallidos”,

“explosiones”, por “el pan y la manteca”. Es casi una mirada conductista que presume un mundo inmóvil y esporádicamente un río revuelto. Claro, la evaluación de la protesta en términos de respuesta a la pura y simple alteración de necesidades primarias no tiene por qué presentar preguntas ni misterios. Pero si bien este es el producto reduccionista más corriente, las condiciones en que este se produce, el clima general que lo acompaña, con sus versiones pesimistas o sacralizadoras del status quo (por pragmatismo o convicciones ideológicas), es sin lugar a dudas más complejo. Y al atravesar diversas zonas del mundo académico, cultural y político —y porque entonces se hace pertinente para problematizar el propio punto de vista—, es preciso tomarlo en cuenta.

Es quizás en la novela *El Aire*, de Sergio Chejfec donde se puede encontrar, bajo la forma de tranquila parodia, la visión más desoladora de la relación entre una memoria histórica y un presente signado por una magnífica decadencia. Ese objeto, casi sociológico, que dice muchas cosas del deterioro de la propia sociedad, del abandono de objetivos trascendentes y del consecuente debilitamiento de un conjunto de instituciones fundamentales de una república, y que quizás esté diciendo más sobre cómo algunas zonas del campo cultural procesan la crisis de visiones del mundo optimistas en relación al cambio social, permite, justamente, reflexionar sobre las perspectivas que acentúan, en un contexto de crisis de visiones alternativas, la posibilidad de alienación. En la novela de Chejfec, un hombre de clase media, el ingeniero Barroso, comienza a ver, de a poco, con la manera casi imperceptible con la que se incorporan a la mirada rutinaria los cambios de la vida cotidiana, otra Buenos Aires. Una ciudad de azoteas tugurizadas donde se amontonan los nuevos pobres, una ciudad en la que el dinero casi ha desaparecido reemplazado por un salvoconducto que sirve a los deteriorados para tomar el colectivo e ir al supermercado: el vidrio. Una ciudad degradada, indiferente, lumpenizada, con poblaciones ociosas en las calles semioscuras de sus noches, con misteriosas topadoras que limpian lugares que fueron abandonados. En toda la novela hay elementos que refieren a la relación mencionada, pero quizás el momento más contundente a este respecto sea el del ritual del espectáculo futbolístico. En los estadios cuando se produce un gol, los espectadores, miles de personas, dejan de conversar y permanecen callados. El narrador sugiere que los espectadores reaccionan de manera cerebral, comparando la de hoy con una jugada de otro momento. Sólo se puede disfrutar el presente en la medida en que ese juego deteriorado es un indicador que permite activar los recuerdos y encontrar en ellos la verdadera jugada, aquella que produce algo parecido al placer y que sólo puede ser hallada en los ve-

ricuetos de la memoria. Esos movimientos inadecuados quizás eran la única posibilidad de entrar a un mundo que está en el pasado y que presumiblemente se vaya transformando en algo cristalizado y también, en algún sentido, a medida que pasa el tiempo, en incierto. Frente a un mundo degradado, el capital cultural, las experiencias acumuladas, más que convertirse en herramientas para actuar, se transforman en pasado cristalizado.

Como los espectadores de la novela de Chejfec, científicos sociales, intelectuales y políticos que simpatizaron con visiones progresistas observan con cierta distancia hechos como los de Cutral-Co o Corrientes; y encuentran en estos movimientos el incentivo para contrastarlo con un esquema ideal y lejano, como alguna de las grandes huelgas obreras del siglo, o el Cordobazo. Y entonces, para algunos, el hecho es un incentivo para recorrer el museo de glorias anteriores, a la par que subestiman estos episodios que no generarían ni un movimiento social, ni una nueva identidad política y ni siquiera estarían expresando un conflicto fuerte en la sociedad. Otros creen encontrar un sentido similar al de las referencias históricas ideales bajo formas distintas y, claro, hay zonas importantes de las ciencias sociales que intentan la formulación de preguntas, revisando las tradiciones de pensamiento existentes sobre el tema, y quizá, más liberadas de las presiones que imprimieron algunas filosofías sociales, intentando acercamientos más sutiles y meticolosos. En la abultada producción internacional de las últimas décadas, se hicieron revisiones históricas y se catalogaron estilos, formas, tipo de prácticas, con una vocación clasificatoria que a veces pudo resultar exagerada, pero que sin lugar a dudas contribuyó a evitar reduccionismos cuando surgió desde los planteos herederos de la teoría clásica.

El reconocimiento de tradiciones de pensamiento sobre el tema, no inhibe el trabajo productivo sobre ellas y la posibilidad de generación de herramientas conceptuales y metodológicas que permitan pensar estas formas innovadoras mediante las cuales la gente formula reclamos e interactúa con los diversos sectores del Estado y de la sociedad civil. Sobre esta producción académica acerca de la acción colectiva existen ciertos puntos de acuerdo, por supuesto, diversas controversias y también un conjunto de cuestiones aún sin explorar. ¿Cómo se producen las innovaciones en las formas de protesta? ¿Qué papel juegan las emociones en la beligerancia popular? ¿Cuál es el rol de la narrativa en el desarrollo de la acción colectiva y en su explicación? ¿Cómo se construye la memoria de la protesta? Bajo diferentes formas algunas de estas cuestiones están dando vueltas en el presente número, y fueron abordadas con la convicción de las dificultades que hay en juego para derivar de ellas respuestas simples. Quizá los acer-

camientos más productivos a esta nueva "cuestión social", sólo puedan ser encontrados en la apuesta, sostenida con fuerza por el grupo que conforma esta revista, por la investigación empírica alumbrada por las grandes preguntas de la teoría social.